

EL SUDOR DEL OBRERO

Organo de la Conjunción Republicano-Socialista y de las Sociedades Obreras

La correspondencia al Director

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
J. NAVARRETE, NÚM. 44.

No se devuelven los originales

DECÍAMOS AYER...

Podrán figurarse y aun creerse mentecatos ignorantes, que se bastan y se sobran si en ello se empeñan para detener la marcha de lo que es síntomas de los tiempos; esto es, las corrientes progresivas.

¡Cuán engañados viven esos ilusos!

Podrán a semejanza de pobres golfillos, que interponen en días lluviosos, débiles valladares de tierra a las corrientes de aguas, interponer a su vez, los no menos débiles valladares del pasado, pensando, quizás, hacer retrotraer a lo que ha marchado y marcha siempre adelante, y, como los golfillos, verán asombrados que el valladar es impotente para contener la corriente acumulada; que el dique es arrollado y que al impulso natural y físico de la presión de arriba, la corriente contenida lo invade todo, ganando rápidamente en un minuto, lo que perdiera en media hora.

Ese ha sido nuestro caso.

Más que faltar habrán sobrado quienes se creyeran triunfadores porque esta modesta publicación dejara de ver la luz pública, y quienes se asignara la gloria; pues gloria constituía poder volver a las andadas, cometiendo desafueros que habían de quedar impunes, por haber sido derribada la picota en que colgados fueran entregados más de una vez a la vindicta pública los modernos tartufos de la mesocracia.

Pero ya estamos aquí con más vigor, con más energías que antes, impulsados por la suprema Ley Natural, por lo que, lejos de pesarnos lo acaecido anteriormente, de ello nos congratulamos.

Así como el hijo no puede apreciar todo el valor inmenso del cariño de una madre hasta que la terrible Parca la ha separado para siempre de su lado; así los obreros no hemos podido apreciar la magnitud del periódico, como arma para nuestra

defensa, hasta que éste cayera por causas de todos conocidas.

Y sin embargo, no hemos resurgido como Fénix de nuestras cenizas; el fuego sacrosanto del ideal emancipador no llegó a extinguirse en nuestros pechos, como lo demuestra el que al menor soplo de un aircillo de fuera, la llama haya surgido arrogante y prepotente, alumbrando con sus fulgores a los explotados, hambrientos de pan y de equidad, para que vean cómo al contacto de este fuego, quedará para siempre reducido a polvo el vetusto edificio de la explotación. De todos somos conocidos y todos asimismo saben que estamos en donde mismo estábamos; por ello, no necesitamos repetir programas, como ayer: económicas social política ha de ser nuestra labor.

Será económica nuestra labor, no porque creamos que el aumento de salario ha de venir a resolver a la clase obrera el problema de la vida; nuestra finalidad es más profunda; será económica, repetimos, porque nos hallamos plenamente convencidos que cada vez que por medio de la unión conseguimos una mejora, por pequeña que esta sea, anulamos un tanto el desmedido orgullo burgués que al reconocernos beligerancia, superior mil veces al material por cuanto esos triunfos son los que van capacitando a los trabajadores para ulteriores luchas.

Será social, porque dentro de la escuela socialista y laborando cada uno desde su campo de acción podrá más fácilmente vislumbrar, como realidad, esas utopías del presente que sin cesar invitan a todos los humanos a consumir según sus necesidades y a producir, según sus fuerzas.

Será política, sin que ello sea lo que más nos llame la atención, porque venimos obligados a combatir a un régimen en el que entre los repliegues de su bandera se escudan nuestros explotadores para a man-

salva e impunemente cometer con nosotros toda clase de fejonías.

Por ello esta tribuna será libre para la exposición de toda idea progresiva, siempre que los originales sean publicables y nos sentiríamos muy honrados los redactores si no tuviéramos que utilizar la pluma por exceso de colaboración.

Ya estamos aquí; por ello no tengan temor los aficionados a poner chinitas en el camino que ha de recorrer toda causa noble y justa, que al fin y al cabo ello ha de servir de estímulo a nuestros compañeros para asegurar más y más la vida de EL SUDOR.

Un abrazo fraternal a nuestros colegas de las izquierdas y a luchar.

LA REDACCIÓN.

Alrededor de una huelga

Hemos venido siguiendo paso a paso y con suma atención la marcha de la huelga que vienen sosteniendo contra sus explotadores nuestros compañeros los obreros Agrícolas de la campiña jerezana, y podemos asegurar que de dicha huelga sacarán los menos observadores saludables enseñanzas para el porvenir.

Como observadores conscientes tampoco hemos perdido de vista a las autoridades jerezanas y como siempre no las hemos visto obrar con la imparcialidad que el caso requería, antes al contrario, siempre hemos visto inclinada su balanza de parte del burgués, y claro está, cuando una de las partes litigantes se siente favorecida por los que tienen la misión de ser amigables componedores, se hace imposible todo arreglo en el litigio.

Pero se ha llegado a más: bajo pretexto de sostener el orden público que no había sido alterado en lo más mínimo, se acumularon fuerzas tantas, que más parecía íbamos a presenciar una segunda edición de la batalla del Guadalete, que no la evitación de aislados casos de coacciones obreras, que son

al fin y al cabo, las que deben de ser duramente castigadas, pues nunca los burgueses cometieron actos coercitivos, y si le cometieron no fueron así calificados.

Ya hemos oído decir y en ello estamos conformes, que «governar es prever»; pero por Cristo vivo, no tanta previsión que más parezca provocación directa a una muchedumbre trabajadora que se cruza de brazos para la defensa de lo que estima sus legítimos derechos.

Miedo nos da el pensar solamente en los resultados que hubieren producido previsión tanta, si los campesinos hambrientos después de tan dilatado paro y a semejanza de las muchedumbres madrileñas, hubieren siquiera intentado asaltar una tahona, no para destruirla como hicieran aquellas muchedumbres, sino para coger un poco de pan con que acallar los gritos de hambre de sus famélicos hijos; lo que en Madrid pareció lícito según el estoicismo con que fué presenciado al decir de todos por los agentes de la autoridad, en la rica Jerez hubiese sido castigado con mano dura, que no es lo mismo ser panadero que sisa miserablemente al público, que ser labrador y chupóptero, y como por causa de éstos se había producido el hambre que engendrara la rebeldía, ésta tendría que ser por lo ménos acallada a cintarazos, para no interrumpir el pacífico sueño de los grandes terratenientes. No hay nada que preocupe tanto al burgués como la inamovilidad obrera.

El cruzamiento de brazos acompañado del más absoluto desprecio a las provocaciones directas o indirectas de que solemos ser objeto, siempre fueron de resultados positivos.

Creyéndolo así indudablemente *El Correo de Cádiz*, en una de sus ediciones del pasado mes, y con refinada arteria, recordaba a las autoridades jerezanas que la anterior huelga de Agricultores fué rápidamente sofocada en el momento que metieron en la cárcel a la junta directiva de aquella Asociación obrera; esto era marcarle el camino que tenían que seguir en esta; pero para ello se necesitaban causas; ¿y quién duda de que se hayan buscado a todo trance?; y si se han buscado y se han encontrado, es sensible el decirlo, porque no hemos querido capacitarlos para manejar ese arma de dos filos que se llama huelga, prestándonos inconscientemente a ser la carne que necesita la fiera de la concupiscencia burguesa.

Aún estamos a tiempo de recapacitar, y si lo hacemos con entera ecua-

nidad, comprendemos que el arma de la huelga bien esgrimida, es invencible por muy prepotente que sea el adversario, y mal manejada es causa siempre de nuestra propia destrucción.

Nosotros que no somos pesimistas, aún confiamos en el triunfo de nuestros compañeros jerezanos; pero si tal no sucediera, sirva ello de acicate para marchar con más firmeza a la conquista de nuestra emancipación.

Seamos previsores, que al fin y al cabo el triunfo a de ser nuestro.

Dos denuncias

Todo lo amigos que hemos sido siempre de tributar aplausos cuando éstos los hemos considerado merecidos, sin importarnos nada el campo político o social en que milite el que ello se haga acreedor, así hemos sido enemigos para tributar censuras; pero ¡ay!, que parece que un hado se concerta contra nosotros y en este primer número de la tercera época de nuestro periódico, ya tenemos que romper fuego aun cuando no sea más que de fusilería.

Cuando el Ayuntamiento de que formara parte la minoría de conjunción republicano-socialista, elevó 2.500 pesetas el estipendio anual de los médicos de beneficencia, nosotros lo hubimos de considerar muy justo, porque siempre nos parecerá poco cuanto se gaste en beneficio de los desvalidos que a la beneficencia municipal tienen que acudir en enfermedades de ellos o de los suyos, y lo consideramos lógicamente plausible porque nos hizo sospechar que determinadas faltas de asistencia a los enfermos que injustificadamente se cometieron por determinados médicos de beneficencia, no volverían a repetirse por cuanto se retribuiría el trabajo que el distrito pudiera proporcionar; pero ¡ay!, que estábamos miserablemente equivocados, según nos comunica un compañero nuestro.

Y decimos que viviamos miserablemente engañados, porque el compañero a que nos referimos, nos dice que ha vuelto como antaño, a recetarse balconudamente, cosa que no podemos perdonar; pues si bien es cierto que el médico ha de tener conocimiento de la enfermedad que aqueja al paciente a que ha varios días ha venido asistiendo, no nos negará al mismo tiempo, que bien pudiera haberse presentado complicación inesperada y por consecuencia ser contraproducente la consabida receta, que no creemos nosotros porque somos de ello testigos de mayor cuantía que los que necesitan de la beneficencia, sean tan exigentes que gusten de tener al médico permanentemente a la cabecera de sus camas.

Como confiamos que todos y cada uno de los referidos profesores médicos de beneficencia a quienes brindamos estas líneas, pondrán de su parte

todo lo posible para que el denunciado caso no vuelva a repetirse, nos abstenemos por hoy de dar a la publicidad el nombre del santo milagroso.

Aquí en donde la política de campanario parece arraigada entre los monárquicos de las diferentes cepas, cualquier reforma local que inicie el de la capilla de enfrente, será rudamente combatida por los de la del al lado y la contraria, aun cuando esta reforma lleve en sí aparejada la salud de la humanidad pobre y enferma.

¿Pero qué puede importar la salud de cuatro pelagatos cuando se trata de satisfacer nuestro orgullo mal reprimido del adversario político.

Así es que por tenerla descontada, ni ha podido llamarnos la atención la polvareda armada con motivo del establecimiento en el Hospital de San Juan de Dios de una farmacia para el suministro de los medicamentos de beneficencia; y ha sido tanta la indignación de determinados políticos al uso, que sus voces han encontrado eco en las alturas como lo demuestra la denuncia formulada en el Congreso al ministro de la Gobernación por el diputado señor Ayuso.

No se llegó a tanto cuando la famosa cesión de nuestras aguas a la compañía concesionaria de las potables a Cádiz; quién sabe si los amigos que el señor Ayuso tiene en ésta no llegaron a enterarse del escandaloso asunto por aquello de que «no hay pesr sordo...»

Es verdad que por dicha cesión hemos obtenido doble ventaja, primero, percibir en metálico el Ayuntamiento del Puerto de Santa María 34.000 pesetas anuales, y segundo que al mezclarse nuestras aguas con las de la empresa aquellas, las nuestras alcanzan mayor número de grados hidrotrímétricos, y que de seguir en crescendo, sería nocivo a la salud pública; ¿pero qué importa ello ante la redondez del negocio?

Por las mismas causas que consideramos plausible el aumento de remuneración a los médicos de la beneficencia, hemos considerado plausible el establecimiento por cuenta del Municipio, de la ya repetida farmacia, y máxime cuando en plena sesión municipal hemos oído decir al alcalde, sin que fuera desmentido por ningún señor concejal, de que se le había quejado médicos de que no podían cumplir los fines para que fueron recetados los medicamentos que venían suministrándose para la ya repetida beneficencia.

¿Cómo se conoce que ninguno de los señores del margen han necesitado del expresado servicio!

Si así hubiese sido, con seguridad no fueran tan legalistas.

¿Que pudiera haber segundo y más profundo negocio que no pueda vislumbrar la supina inteligencia del pueblo, ni mucho menos la de nosotros que tenemos la osadía pretenciosa de hacer pinitos periodístico? Pues para ello hay nombrada una comisión de beneficencia, y si todos y cada uno de

los que la forman, quieren cumplir con su deber, a buen seguro que no serán factibles esos negocios, y caso de serlo al salón municipal con ellos, a popularizarlos, que al pueblo, que tiene lo mismo con tirios y troyanos y que aplaude hoy lo que estima, lo censurará mañana si deja de serlo.

Pero está visto que no puede haber dicha completa en este mundo; cuando mayor era nuestro contento, el compañero a quien nos referimos en la denuncia anterior y que por lo visto no tiene precio para reporter, nos dice que a las ocho de la noche de uno de los días del pasado Junio o fines de Mayo, negáronse las buenas hermanas boticarias a despachar una receta fundada en lo intempestivo de la hora; trabajo nos cuesta creerlo; ¡tenemos tan gran concepto de los que voluntariamente se imponen el sacrificio de velar por la salud de la humanidad, que no podemos admitir, que bajo albas tocas haya cabecitas que crean que medicamento recetado por el momento, produzca los mismos efectos administrados doce horas más tarde.

Esta segunda denuncia se la brindamos al señor Alcalde, de quien no dudamos ser atendidos.

¿Verdad, queridos lectores que más parecemos periódico de casa y boca que de oposición?

No asustarse; es que hacemos los primeros ensayos para cuando lleguemos a ocupar el poder.

TEIME.

“Unión”

Al terminar el feudalismo, como sistema social europeo, en esos días que la Historia denominó «El Renacimiento», largo periodo nefasto para los poderes todos, que se decían modestamente, ser de origen divino, establecidos por la gracia de Dios, empieza el pueblo, los obreros, que hasta entonces habían sido en aquellas sociedades, una especie de animales domésticos, seres de condición inferior, o de la clase tercera, puesto que la primera era la Iglesia y la segunda la Nobleza, a hacer sentir su influencia en el medio ambiente político, que entonces empezaba a nacer.

Era muy natural, era muy humano, que así sucediese.

En los siglos anteriores, la Iglesia pagaba con sus oraciones, con sus bendiciones, con sus exorcismos, unas veces; con sus excomuniones y maldiciones otras, su parte de trabajo, su aportación al acervo social común, y con estas dádivas tan solo, obtenía el más opresor predominio, la ingerencia más absoluta dominadora en aquel sistema social. Merced a tan fáciles medios, su riqueza era enorme, sus propiedades extensísimas, y los representantes de quien repudiaba la propiedad y se jactaba de no tener ni una piedra en que reclinar la cabeza, nuevos sátrapas, asirios nó, pero sí cosmopolitas, vivían en la holganza, en el mayor fausto, y con los mayores vicios de sus antecesores asiáticos.

La Nobleza pagaba con su sangre, con su valor bien demostrado en mil batallas, con su poder. Era la conquistadora del terreno y de las ciudades, era la clase fuerte por excelencia; su quijada de loco tenía bien y firmemente lo que mordía, no era pertinente irle con objeciones, obraba rectamente siempre, y bastaba esto; todo lo que hacía estaba bien hecho, y no podía ser de otro modo. ¿Como fuera posible, que los aristócratas, los «optimates», procediesen jamás mal, cuando eran «los mejores»?

Tan modestos como la clase primera, así se apellidaban y si los primeros no podían ni engañarse, ni engañarnos nunca, los segundos de sangre más fina y mejor colorada, no podrían, aunque quisiesen, proceder mal para con los débiles que no tenían como ellos el privilegio de revestirse de hierro, o de acero, ni de usar las mejores armas en los combates a que los guiaban, obteniendo fama y gloria, y también propiedades; es decir, la riqueza.

Leyes, disposiciones, prescriptos, cánones, decretales... que sé yo las órdenes emanadas de ambas clases de poderes, hacían respetar paternalmente sus privilegios, y el pueblo estaba perfectamente imposibilitado hasta de caer en la mala tentación de variar, ni aun siquiera de poder pensar en variar tan bello estado social.

Pensar? Pensar en contra de los intereses o de las ventajas de la clase eclesiástica, se llamaba descreimiento, herejía, apostasía; todos estos males eran curados, es decir, evitados por sebones y macizos frailes dominicos, o de otro color, que entregaban a los que se permitían este atrevido pasatiempo AL BRAZO SECULAR para que al suave calor de la LUMBRE perdiese la fatal manía de opinar.

Pensar en contra de la Nobleza se llamaba traición o felonía. Pero los incursos, en tales atrevimientos, eran juzgados y ejecutados por la parte ofendida, procedimiento que no deja de tener sus pequeñas ventajas, como fácilmente comprenderán cuantos mediten sobre buenas costumbres.

Fundada aquella sociedad sobre tan sólidas bases, y con unos procedimientos tan férreos como expeditivos para su defensa, ciertamente creeríais, que su constitución fuera inquebrantable, y su duración eterna.

No era así; pues el pueblo, con grande constancia, instruyéndose, libertándose del vasallaje mediante el trabajo, en la industria, en los oficios, llegó a ser la clase más idónea, más apta para la dirección del Estado, para lo que se llama política, y habiéndose dado cuenta de que era el número mayor y el mejor, no tuvo más que querer a semejanza del Dios de la Biblia,

Estudiando, supo el pueblo, que los Papas, Vicarios del Dios del catolicismo, eran omnipotentes y reverenciados por los príncipes cristianos, mientras a estos creyentes convenían sus decisiones y mandatos, cuando nó; ya sabían abofetearlos, como Nogaret y Colonna, estando revestido de pontifi-

cal; y sentado sobre su trono, en nombre del cristianísimo Rey Felipe el Hermoso; o como Borbón el Condestable, por Carlos V, el católico emperador y rey, sabían tomar por asalto su santa ciudad y sitiario y si no pasarle la espada por el cuello, no fué por falta de voluntad ni diligencia.

Los pobres de los Papas por su parte, se desquitaban, faltando a sus palabras, a sus juramentos más sagrados, cuando a sus ambiciones o a sus intereses convenía aliándose hasta con el gran Turco, dicho está que sin parar mientes en que era fervoroso creyente de Mahoma.

Los Reyes, por necesidad o por avaricia, no omitían hacerse monederos falsos, y dentro o fuera de sus naciones respetaban los bienes y propiedades un poco menos que el mejor salteador de camino.

También supo el pueblo, que la Nobleza, mientras pudo sometió a los Reyes a toda clase de desconsideraciones de insultos y de ataques; pero cuando les sometieron a su vez vencidos, no hubo bajeza ni ruin oficio a que no tuviesen a gran honor descender, y sobrepujaron los de los esclavos y los que los siervos del terruño se vieron obligados a soportar.

Supo más el pueblo, observó y comprobó que no eran legítimos sus títulos ni sus pretendidos derechos, ni sus piedades, ni aun su ascendencia, y que solo a un convencionalismo rutinario, y a la prohibición de tales investigaciones, se debía, que pasasen por legales tantas desigualdades como pugnaban con el común sentido.

Y convencido el pueblo que no había más que falsos derechos de una parte, de otra más ley que su despótica voluntad, puso término a tantos males, y uniendo, ENTENDELO BIEN, uniéndose estudió y aprobó una ley igualitaria, que donominó una CONSTITUCION.

Constitución, porque constituía por el derecho y la voluntad excelsa de los más, lo que antes no podía ser constituido; aunque lo era por el capricho y por las miserables conveniencias de los menos.

Fué un gran paso este; porque se soltaban a la humanidad innumerables trabas que pacientemente había soportado por siglos de abyección, y servidumbre. Y dado el primer paso, los demás se siguen sin interrupción; el derecho de opinar libremente es reconocido, y la razón y la conciencia quedan libres, como libres e iguales quedan declarados todos los hombres, desapareciendo esas categorías o castas sociales, y los pretendidos derechos con que de mil maneras se oprimía y vejaba a los débiles.

Libre la razón, recobra la Filosofía también sus derechos; se arrinconan la Teología, por absurda y los problemas científicos se someten a los hombres de ciencia, no a los farsantes, brutos, que los sometían a sus conveniencias sectarias. Si la razón humana es falible; no hay cuidado, ella observando de nuevo corregirá sus errores poco a poco; que nunca, jamás se dijo que

falible fuera. No sucedía así cuando sin engañarse al engañarnos la teocracia presentaba sus libros sagrados, los más llenos de absurdos, errores, falsedades conocidos de la razón humana, como no podían menos de ser; estando inspirados por la inteligencia divina.

Hoy día, observando bien los lectores, hoy ese poder anacrónico, no pide ni menos exige, creencias; pide solamente la ostentación de los que se dicen, sus creyentes. Salta, pues, el barniz del devotismo; aunque diga que no, respeta la conciencia de los mismos a quienes hace cantar el «Yo reinaré».

Abolida la divinidad, los reyes quedan convertidos en ciudadanos simples y la fórmula por la gracia de Dios reducidas a unas palabras vacías de sentido, ya no pueden servir de un derecho de legitimidad. Todos se apresuran a que se les reconozcan como los primeros magistrados de los pueblos que rigen, por el beneplácito de todos o de la mayoría de los ciudadanos.

(Se continuará).

VULGARIDADES

Al reaparecer este periódico, justo es que prosigamos una sección del mismo. que si bien fué insípida las más de las veces, otras dió el resultado positivo de los fines que en ella nos propusiéramos.

Hoy como si este fuera el mejor de los mundos conocidos, carecemos de asuntos dignos de ser tratados entre broma y serio, pues no vamos a tratar en broma a lo mucho que se echa de menos la higiene en determinados extremos de la población, ni mucho menos la carencia de luz *luminica*, ni los grados hidrotremétricos de nuestras aguas, ni la falta de peso en el pan, asunto este último, que parece de suyo incorregible a pesar de los grandes deseos del alcalde.

Ahora bien, ¿sería capaz su señoría en colaboración con nosotros (si esta compañía no es molesta), emprender una campaña de saneamiento panadero?

La cosa nos parece sencillísima y el pueblo se lo agradecería, tanto como pudiera agradecerle la higienización.

Bastaría para ello que su señoría aplicara con férrea mano la ley escrita, y nosotros por nuestra parte, sacando a la vergüenza pública a los contraventores de lo dispuesto, no cabe la menor duda que en poco tiempo conseguiríamos nuestros propósitos, esto es hacer desaparecer la costumbre endémica de expender el pan falto de peso.

¡Ah!, nosotros también tenemos una

fábrica de pan; pero hasta ahora no hemos sido panaderos; sin embargo nos comprometemos muy formalmente a decirlo en este periódico con grandes titulares el primer día que la autoridad nos coja en un acto de desmedido amor al oficio.

EL DE ANTES.

Municipalierías

Desde que acordamos la reaparición de EL SUDOR, nos dedicamos a asistir ya se sobreentiende, de que en calidad de espectadores, a las sesiones municipales, confiados en que de ellas podíamos sacar algo hecho y por consecuencia ahorrarnos trabajos imaginativos; ¡pero que si quieres!, han sido de las llamadas relámpagos y particularmente la celebrada el día 1.º de este mes.

Con asistencia de los concejales señores Martínez y Lagos, fué aprobada por unanimidad el acta de la anterior.

Y nos preguntamos nosotros: ¿para que presenciáramos estas vergüenzas edilicias se puso en práctica en 12 de Noviembre de 1911 el famosísimo artículo 40 tomando militarmente las calles de esta ciudad?

¿A cuánto no hubiesen estado dispuestos en aquella fecha esos señores concejales, si el pueblo atropellado en sus derechos, hubiese hecho frente a sus atropelladores.

Cualquiera hubiese creído que cuando tanto interés mostraron por alcanzar los cargos concejiles, sería porque en sus ánimos bullirían las ideas de ser útil al pueblo. Ya lo hemos visto y viéndolo estamos, los que censuraban que el *légamo* hubiese alcanzado las alturas, para desde ellas hacer política; no tienen reparo ninguno en hacerla a su vez; pero la política altruista, beneficiosa a los intereses comunales, sino la de campañario, la de bandería que tanto enerva la vida de los pueblos.

Por suerte para éstos, poco a poco va conociendo a sus detractores, y horas llegarán en que haciéndoles en su derredor el más absoluto vacío le hagan morir por consunción.

Mientras tanto, cumplamos cada uno de nosotros con nuestro deber, que ello bastará y sobraré para mostrar que como en ello nos empeñemos, que también se administra desde la calle.

EL DE AHORA.

Obras Públicas

Aunque tarde, nuestra modesta publicación sale otra vez a la luz pública,

y es tan precisa, tan sumamente necesaria, que debiéramos sacrificarnos todos los explotados por que no faltara siquiera quincenalmente, ya que no fuera semanal. Este modesto trabajo sólo lleva una finalidad, cual es, una protesta de la clase trabajadora, de la que habita en el barrio alto de la población. El abandono en que se halla dicho barrio, es un ultraje al pueblo obrero. Sí, Sr. Alcalde; a S. S. va dirigida esta *queja* y quizás nos tachen de descontentos, porque así nos suelen llamar, pero no se comprende, no se concibe, que por el sólo hecho de hacer bien por un pueblo, se empiecen las reformas por lo que constituye un lujo, un alarde de grandeza, cuando esto es lo último que debe atenderse. Para nosotros por bonito y efectista que esté el «Parque», no podemos verlo con simpatía. Si de las miles de pesetas que se gastan en el Parque y sus alrededores, se gastasen en los alcantarillados de los barrios pobres, sería esto una obra útil y humana, y el Sr. Alcalde se hubiera conquistado las simpatías de los que habitan esos barrios. Si una epidemia nos sorprendiera, esos caños y esos pozos negros serían el foco más peligroso que nos amenazara; pero lo que hace el Sr. Alcalde, está al alcance de todas las inteligencias, quiere favorecer a la burguesía a sus amigos; estos están antes que las necesidades del pueblo que trabaja; de ese pueblo que no come y pasa muchas miserias; ¿de qué puede servirle al pobre hombre que viene del trabajo sin haber ganado lo bastante para atender a las necesidades de su casa; las obras del «Parque»? ¿Puede sentarse a descansar en el portal de su casa sin aspirar la pestilencia de aquellos caños? ¿Cómo pueden ventilarse las habitaciones pobres donde por falta de recursos la higiene escasea? El artículo 29 tiene sus consecuencias; si al Municipio fuera la verdadera representación del Pueblo, ya sería otra cosa su administración; pero qué le vamos a hacer. Pérez, el funesto político, nos dejó el 29, para que sufriéramos un rato, que ya es largo, como larga va a ser su ausencia en el poder. Terminó, amigos lectores; mientras veamos que se atienden determinadas personalidades y al pueblo obrero se le desprecia y se le abandona, conservemos odio hacia todos los que por malas artes llegan al poder para lograr sus ambiciones.

UN JESUITA.